

## Introducción

~ Resumiendo su obra profundamente idiosincrática, el filósofo francés Gilles Deleuze describe escribir sobre otros como «una especie de sodomía» o «inmaculada concepción», resultado de «acercarme a un autor por la espalda y dejarle embarazado» (C 13-4). Aun así, Deleuze distingue su proyecto de la completa falsificación. Se limita estrictamente a lo que un autor dice; presta atención a los «descentramientos, deslizamientos, quebrantamientos y emisiones secretas» de un autor para concebirle «una criatura que, siendo suya, sería sin embargo monstruosa» (C 14). Treinta años después de hacer estas observaciones, Deleuze ha dado a luz a muchos monstruitos propios —desarraigados ri-zombies, mareantes metafísicos, volátiles geonaturalistas, encantados trascendentalistas, apasionados afectivistas. Mi objetivo es concebirle otro niño que comparta su apellido: «Oscuro Deleuze».

Deleuze dijo una vez a un amigo que un «libro que merezca la pena» cumple, al menos, tres

funciones: polémica, recuperación y creatividad. Con este libro el autor ha de revelar que (1) otros trabajos académicos cometen un error; (2) un aspecto esencial ha sido olvidado; y (3) un nuevo concepto puede ser creado. El lector encontrará estos tres puntos en este libro. En primer lugar, argumento en contra del «canon de la felicidad» que celebra de manera naïf a Deleuze como un pensador afirmativo de la conectividad. En segundo lugar, rehabilito la destructiva fuerza de la negatividad cultivando un «odio hacia este mundo». En tercer lugar, propongo una conspiración de términos contrarios que divergen de la feliz tarea de la creación.

Tomando una particular corriente de pensamiento: los intelectuales del «nuevo materialismo» llegan a una ontología realista a través de la metafísica de la positividad de Deleuze. La base para el lado realista de Deleuze se evidencia tal vez con más claridad en su biografía. Aquellos que conocieron a Deleuze repetidamente remarcan su firme compromiso con la afirmación alegre y su aversión hacia el *ressentiment* de la negatividad. Beatificando este sentimiento, Deleuze ha sido empleado para establecer todo un canon de la alegría. En el canon de la alegría, el cosmos es una compleja colección de ensamblajes producidos a través del ininterrumpido proceso de diferenciación. El efecto de la idea de pensamiento que crea

esta suerte de Deleuze el Alegre es una sensación de asombro, acompañada del divertimento de crear conceptos que expresen cómo existe verdaderamente el mundo.

Un Deleuze diferente, más oscuro, ha comenzado a proyectar su sombra. Pero esta figura solo aparece cuando escapamos del alegre coro de capilla para resguardarnos en la oscura reclusión de la cripta. Emergiendo de académicos interesados en la condición del presente, la oscuridad remodela un Deleuze revolucionario: negatividad revolucionaria en un mundo caracterizado por felicidad compulsiva, control descentralizado, y sobreposición. Este remodelado Deleuze forma un contracanon a partir de la teñida negatividad de sus conceptos y afectos. Al nivel del concepto, reconoce que la negatividad impregna muchos de sus prefijos de diferencia, devenir, movimiento y transformación, tales como *de-*, *a-*, *in-* y *non-*. Al nivel del afecto, parte de su discurso en torno a la indiscernibilidad, el ocultamiento, la vergüenza de ser humano y el monstruoso poder del grito. La principal tarea de esta aproximación no es la creación de conceptos, y en la medida en la que sí lo hace, *Oscuro Deleuze* crea conceptos sencillamente para escribir ciencia ficción apocalíptica (DR 42-47).

## CONEXIONES TEMPESTIVAS

En 1970, Michel Foucault sugirió medio en broma que «tal vez un día, el siglo será deleuziano» (*Theatrum Philosophicum*, 7). Es fácil ver en qué medida esta frase ha sido utilizada por adeptos de Deleuze para elevar su perfil, que era mucho menos popular que el de Foucault o Derrida durante la recepción inicial del postestructuralismo en Estados Unidos. Pero, ¿y si se tratara de una sutil pulla? Foucault hace este comentario a su vez como una referencia a Pierre Klossowski, un miembro crucial de la sociedad secreta Acéphale, que contribuyó a la recuperación a Nietzsche en Francia en un momento en el que otros intelectuales lo desestimaban de manera fácil como un pensador fascista. «Históricamente apropiado» sería un insulto para Nietzsche, que orgullosamente proclamaba la naturaleza intempestiva del pensamiento «actuar de una manera intempestiva, es decir, contra el tiempo y, por tanto, sobre el tiempo y, yo así lo espero, en favor de un tiempo venidero» al comienzo de su ensayo sobre los usos y abusos de la historia para la vida (*Segunda consideración intempestiva*, 12). Como uno de los principales interlocutores franceses de Nietzsche, Deleuze emplea esta misma frase sobre lo intempestivo en las primeras páginas de *Diferencia y Repetición* —el libro que precisamente

Foucault estaba reseñando cuando realizó el mencionado comentario. Sacando la conclusión a través de otra adulterada frase nietzscheana, tal vez Foucault estaba acusándole de ser «tempestivo, demasiado tempestivo».

¿Qué convertiría el pensamiento de Deleuze en especialmente tempestivo? Críticos como Slavoj Žižek le acusan de ser el epítome de los excesos culturales del capitalismo postmoderno («Ongoing “Soft Revolution”»). Una reciente ronda de denuncias teñidas de una mezcla de asombro y acoso público exclama, «¡El fundador de BuzzFeed escribió su tesis de grado sobre el marxismo en Deleuze y Guattari!», aumentando una larga lista de asociaciones culpables —«¡las Fuerzas de Defensa de Israel leen *Mil Mesetas!*», «¡Deleuze parlotea los sinsentidos a la moda de la pseudociencia!». Los defensores de Deleuze están en lo correcto al descartar tales críticas por incompletas o directamente falsas. Sin embargo, hay un ápice de verdad en estas acusaciones que nos lleva a un antiguo chiste —un comunista es alguien que lee *Das Kapital*; un capitalista es alguien que lee *Das Kapital* y lo entiende. Aplicándolo a Deleuze: hay algo absolutamente esencial respecto a su trabajo, pero sería mejor no tomárselo al pie de la letra. La necesidad de «dar un paso más allá» del Deleuze *avant la lettre* es especialmente crucial cuando tanto los capitalistas como sus oponentes

le citan como una influencia crucial. La relación exacta entre el pensamiento de Deleuze y nuestro tiempo sigue siendo un puzle por resolver. ¿Surge el problema porque ciertos lectores actúan como doctores que participan en las ejecuciones de la pena capital, siguen el protocolo para determinar un diagnóstico perfectamente clínico, y acaban administrando una serie de medicamentos condenados en sus campos? ¿O hay algo en su receta que exagera nuestra condición presente?

La nuestra es la época de los ángeles, dice el filósofo francés Michel Serres (*Angels, a Modern Myth*). Ejércitos de invisibles mensajeros recorren los cielos en este momento, encargándose de la comunicación, conexión, transmisión y traducción. Por inspiradores que parezcan, también nos fuerzan a encarnar sus mensajes con palabras y actos. Clicar, dar un toque, poner un Me gusta. Sentimos el nervioso pellizco de misivas entrantes que nos encienden en un estado febril hasta que respondemos al siguiente mensaje de texto entrante, al e-mail atrasado, o a la solicitud de amistad pendiente. Estos comportamientos diarios muestran que nuestro aparentemente moderno mundo de mercancías no nos ha robado nuestro sentido del asombro —estamos tan maravillosamente conmovidos por los medios de comunicación como solíamos estarlo por los ángeles. Marx, quien, en la frase de Artaud, ha «acabado con el

juicio de Dios», muestra que este carácter místico de la mercancía es el capitalismo y, a su vez, su truco más popular. Sigamos pues al viejo topo de Marx en busca de la historia, moviéndonos desde los cielos hasta el subsuelo. Negándose a entonar los himnos de su época, Deleuze y Guattari hicieron una declaración crucial en 1991, cuando el Telón de Acero se desmoronaba y los primeros servidores comerciales de internet entraban en servicio: «No carecemos de comunicación, por el contrario nos sobra ... *Carecemos de resistencia al presente*» (QF 110).

El objetivo inmediato de *Oscuro Deleuze* es la conectividad, el nombre dado a la creciente integración de personas y cosas a través de la tecnología digital. Acólito de la conexión y director ejecutivo de Google, Eric Schmidt declaró recientemente en el Foro Económico Mundial que pronto «internet desaparecerá» conforme se haga inseparable de nuestro propio ser («será parte de tu presencia en todo momento») (*Business Insider*). Esto debería despertar nuestra sospecha. Nadie debería tomar a los futurólogos al pie de la letra —la tecnología avanza con el mismo paso cambiado e irregular que otros tipos de innovaciones. Pero los números detrás de la aserción de Schmidt apenas dejan lugar a disputa. Cinco mil millones de personas están preseleccionadas para unirse a internet en la siguiente década, y el «internet de las cosas» ha motivado que

los usuarios integren una amplia gama de aparatos con acceso online en su vida diaria. Si bien no consiguen del todo hacer realidad sus sueños, estos números conforman la base del gobierno de Google sobre las cosas y los seres vivos.

La conectividad ha suscitado numerosas preocupaciones de corte tradicional. Casi todas emplean el tono conservador de la cautela moral. Una banda de «críticos de la red» advierte de que la tecnología se está desarrollando más rápidamente que nuestra comprensión de sus efectos. Los medios de comunicación populares, la gran pantalla de nuestro inconsciente colectivo, materializan nuestro miedo a la tecnología fuera de control. Hay toda una serie de películas asiáticas de horror que representan objetos malditos relacionados con los medios que controlan nuestras vidas (*Ringu*, *Kairo*, *Phone*, *Llamada Perdida*, *White: The Melody of the Curse*). La típica industria artesanal que idealiza la vida sin tecnología ahora sugiere que «los móviles nos hacen vagos», mientras circulan ideas sobre cómo «ponerse a dieta de las redes sociales». Algunos filósofos, como Bernard Stiegler, llegan a decir que la tecnología nos está robando nuestra preciada interioridad. Detrás de todas estas recomendaciones se esconde el deseo de volver a nuestras raíces.

La crítica a la tecnología como un proyecto propio de un «científico loco» no da en el blanco. El



problema no es que unos miopes técnicos hayan tratado de alcanzar avances técnicos sin considerar las consecuencias («perdónalos, pues no saben lo que hacen»; Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, 60) El antídoto para tal ignorancia sería sencillamente una mínima dosis de crítica ideológica. Por otra parte, la tecnología no ha excedido la capacidad de la humanidad para gestionarla —en todo caso, los hallazgos de Foucault (la analítica de la finitud, el biopoder) sugieren que la humanidad, más que nunca, tiene capacidad de influencia sobre su futuro (ID 121-125). El problema es que *saben perfectamente lo que hacen, pero, ¡lo siguen haciendo de todas formas!*

Filosóficamente, la conectividad tiene que ver con la construcción de un mundo. El objetivo de la conectividad es hacer que todas las personas y todas las cosas pertenezcan a un solo mundo. Los argumentos a favor de tal mundo son lo suficientemente virtuosos —el cosmopolitismo kantiano busca la paz perpetua, el universalismo marxista exige la unidad de teoría y práctica, y Habermas querría que todos formáramos parte de una gran conversación. Sin embargo, hoy en día la conectividad está condicionada mucho más por personas como Jared Cohen, director de Google Ideas, quién demuestra el significado del argumento de Deleuze: «la tecnología es, pues, social antes de ser técnica» (F 67). Formado como experto en antiterrorismo,